

La Iglesia de los Laicos

Introducción

Mucho se insiste hoy en que la Iglesia de este milenio es la “Iglesia del laicado”¹. Esta afirmación ha sido acuñada por religiosos a partir del magisterio de la Iglesia, y para ellos tiene muchos significados e implicaciones. En este artículo me propongo con humildad y libertad leer esa frase desde mi experiencia laical, la que ha madurado en el contexto vocacional y asociativo de la Comunidad de Vida Cristiana. Digo con humildad y libertad porque no pretendo representar a los laicos ni imponer una particular visión o experiencia, pero deseo que mi aporte fluya desde la experiencia y la reflexión sin inhibiciones metodológicas ni temores paralizantes. Estoy convencido que un primer significado de la expresión “la Iglesia de los laicos” es precisamente que nosotros, los laicos, encontremos el modo y la oportunidad de expresarnos en la Iglesia, como Iglesia, en cuanto Iglesia confundida, más allá de ella misma y provocada desde la vida misma. Además, asumo que la expresión “los laicos” es muy amplia, que abarca a personas muy diversas, con historias de fe muy distintas. Lo común a todos es el sello cristiano del bautismo, que nos incorpora a la vida pascual y a la misión de Jesucristo por medio de su Iglesia. Lo común a todos, aunque con intensidades diferentes, es también el reconocimiento de Jesucristo como Señor y como Maestro, y un sentido de pertenencia o de vinculación con la Iglesia. La unión con Jesús nace y crece en nosotros por medio de la Iglesia, y la unión con la Iglesia madura y se nutre desde la unión con Jesús. Si a veces nos sentimos alejados o fríos en nuestra relación con la Iglesia, puede ser porque ella no nos ha llevado suficientemente hacia Jesucristo, y entonces él no nos ha podido volver potenciados hacia su Iglesia. La indisoluble unión de Cristo y la Iglesia no es un discurso, es una tarea que como cristianos vivimos en nuestras luchas y contradicciones, en nuestras rebeldías y búsquedas de fronteras más amplias, en nuestros apostolados. Es también una gracia que vivimos con alegría y plenitud en la liturgia, en la oración, en el misterio.

1. El desafío de la inclusión

Iglesia de los laicos quiere decir en algún sentido Iglesia de la inclusión, o Iglesia de la no exclusión. Jesucristo quiere convocar a todos, hombres y mujeres de todas las edades y condiciones sociales, para estar con él y trabajar con él. La comunión eclesial no puede construirse excluyendo a muchos, o permitiendo que muchos se sientan excluidos. Tenemos que vivir la Iglesia sorprendida de sí misma, que se reconoce no sólo en los frutos luminosos de santidad, sino sobre todo en las luchas cotidianas de los pobres, de los jóvenes, de las mujeres solas, de las familias en dificultad o quebradas, etc. Los laicos que somos la Iglesia hemos de ser capaces de reconocer y de anunciar a Jesucristo y su evangelio, no como un conjunto de interrupciones, prohibiciones, regulaciones, juicios o marginaciones, sino como una palabra de vida en la situación real que se está viviendo, como una compañía discreta e incondicional. La imagen del buen cristiano – y de la Iglesia - ha de ser menos estereotipada, más dinámica, capaz de buscar lo bueno que hay en las personas, aun en medio de sus situaciones oscuras. Hemos de ser capaces de vivir un mayor pluralismo y una mayor tolerancia en clave positiva, pues mientras más estrecho sea nuestro recinto, más marginalidad estamos produciendo. Creo además que nuestra educación, la educación de Iglesia, ha de ser menos segregada, más plural y vulnerable, y producir frutos de mayor integración social. El evangelio tiene

¹ Cfr. Congregación General 34 de la Compañía de Jesús, Decreto 13, n.1: “Una lectura de los signos de los tiempos a partir del Concilio Vaticano II muestra sin lugar a dudas que la Iglesia del siguiente milenio será la “Iglesia del laicado”.

una virtud incluyente e integradora que hemos de hacer nuestra. Hemos de convencernos que cada uno de nosotros se hace más Iglesia y hace más Iglesia cuando se acerca al distinto, cuando acoge y no juzga. Entre los seres humanos no sirve la imagen de las “manzanas podridas”, y entonces hemos de cultivar más la de los “iconos dañados”. Hemos de sentirnos felices restaurando en equipo iconos dañados, que tras la degradación producto de muchos avatares esconden una belleza originaria que se puede recuperar con operaciones delicadas y pacientes, pinceladas que vayan quitando el polvo y devolviendo la forma. Al hacerlo, creceremos también nosotros, crecerá la Iglesia y avanzará el reinado de Jesucristo. ¡Qué distinta esta imagen a la de las “manzanas podridas”! Que Dios nos encuentre invitando, incluyendo y restaurando, y no seleccionando manzanas bonitas y desechando las “feas y podridas”. En el pecado no debemos ver sólo al pecador individual, sino también el pecado social y eclesial, al estilo de Ghandi que se castigaba a sí mismo cuando su hijo pecaba. Nuestros actos penitenciales han de dar cuenta de todo lo anterior.

2. El desafío de un cambio de mentalidad o paradigma en la formación

Iglesia de los laicos quiere decir en algún sentido un cambio de dirección y de foco en el acceso a la verdad, y por lo tanto en el ejercicio del magisterio y en los estilos y planes de formación. La verdad existe, la anhelamos, la buscamos, no nos satisface un relativismo o un oportunismo que va cambiando la verdad según conveniencia. Necesitamos por lo tanto de un magisterio. Pero, no se trata de que la verdad descienda hacia las personas pesadamente, como predicación excelente, en un movimiento “de arriba hacia abajo”, que la persona experimenta en definitiva como presión. Es la persona la que asciende desde su contexto hacia la verdad, atraída por ella y no presionada por ella, en un movimiento “desde abajo hacia arriba”, por medio de la experiencia, la reflexión y el acompañamiento. Lo que necesitamos entonces no son buenos predicadores o apologetas, sino buenos compañeros de camino hacia la verdad, incondicionales, empáticos, solidarios. Eso es lo que podemos ser unos para otros en nuestras comunidades y en nuestros procesos de crecimiento o planes de formación, junto con los ministros ordenados y quienes han recibido una formación más sistemática.

La estrategia definitiva de Dios no fue la de las tablas de la Ley, entregadas en la cima del monte a un hombre para que las hiciera descender a un pueblo. No, la estrategia definitiva fue la de la encarnación de Dios mismo, para venir a encontrar la experiencia humana y hacerla crecer, hacerla subir al monte de la transfiguración pero no para no quedarse allí. Más aún, la estrategia fue la muerte total de la palabra y la elocuencia total de la cruz y la resurrección.

Tenemos entonces el reto de fomentar una formación en la acción, adecuada a las circunstancias particulares, delicada pero incisiva en sus métodos, basada en la reflexión sobre la experiencia para identificar medios de crecimiento en el Espíritu.

3. El desafío de un magisterio laical dialogante y encarnado

Como corolario de lo anterior, Iglesia de los laicos quiere decir surgimiento o reconocimiento de un magisterio laical. No deseo establecer oposiciones entre la jerarquía y el laicado. Simplemente afirmo que los laicos de hecho tenemos nuestro magisterio, que no ignora el de la jerarquía, pero que lo complementa, lo humaniza, lo acerca a la vida, lo problematiza, lo enriquece con consejos sabios que provienen de la vida misma. Alguien podría decirme que también podría degradarlo, diluirlo, confundirlo, etc. Y yo digo sí, puede ser, pero en general en los católicos predominará lo primero,

porque nuestro prejuicio será siempre positivo y nuestro esfuerzo será de integración y no de confrontación. Pero, como he dicho antes, la integración no consiste en dejar caer un “ladrillo” filosófico-teológico-espiritual sobre la vida ordinaria, desde arriba hacia abajo, para presionar y oprimir. Consiste más bien en atraer la inteligencia y los afectos hacia nuevas posibilidades, y esto sólo puede surgir de la experiencia real, del diálogo, de la evaluación de las dificultades, del escuchar las críticas, desde dentro y desde fuera. Quiero compartir un ejemplo que alguna vez viví con mi hijo, tan crítico respecto de la liturgia, los mandamientos, la moral, etc. Le dije: “hijo, la Iglesia necesita un Papa que nos mantenga unidos, que nos gobierne. Necesita un magisterio, que nos oriente y nos haga estudiar y reflexionar sobre asuntos que no son tan sencillos como para que tú los resuelvas solo. Necesita también un papá que ayude a su hijo a comprender, y que sea capaz de decirle ‘no te preocupes, veamos qué significa esto en tu situación actual’... y la Iglesia son el Papa, el magisterio, el papá y el hijo, ninguno por sí solo. Más aún, el Papa no puede ser papá, y el magisterio de tu papá no quiere prescindir del magisterio de la Iglesia jerárquica... pero tu papá sería muy petulante si quisiera hablarte como el Papa”. Así he llegado a decir cosas aparentemente en contradicción con el magisterio tradicional, pero muy necesarias y crecedoras desde el magisterio ordinario de los fieles. Por ejemplo, para los jóvenes creo que es lícito leer de una manera distinta el precepto del domingo, pues les cuesta mucho ir a misa y aprovecharla. Entonces, yo como papá en la Iglesia, no como oficial de la Iglesia, en vez de ser majadero con “anda a misa el domingo” hasta el punto de crear un conflicto familiar, le digo que “cada vez que vas a misa es domingo, el día del Señor, y ojalá que haya muchos domingos en tu vida”. Esto lo cuento no para que todos hagan lo mismo que yo, sino para ilustrar una verdad más honda que cada uno sabe cómo vivir.

Me ayuda también a explicarme en este punto una conversación que tuve hace poco con un ingeniero que se tituló hace dos años. Él me dijo que mientras más entraba en los asuntos del trabajo, más insuficientes y abstractos le parecían los conocimientos adquiridos en la universidad. Me reconoció que volvía a menudo a temas que alguna vez vio en la Universidad, pero ahora desde la perspectiva de algún problema real, y que siempre “algo fallaba”. Cierto, le dije: ahora eres tú el responsable de resolver estos problemas reales, valiéndote de todos tus conocimientos, pero también de tu creatividad, tu conocimiento de la realidad, tu sentido práctico, juzgando los recursos disponibles, las limitaciones del entorno, y finalmente tomando decisiones. Algo similar ocurre entre el magisterio jerárquico y lo que yo llamo el magisterio laical. No hay oposición, hay complementariedad: se necesitan mutuamente. Esto cobra más fuerza si aceptamos que el Espíritu del Señor está también presente en los laicos cuando nos esforzamos por vivir la vida cristiana, así como lo está en la jerarquía cuando enseña. Además, en general puede afirmarse que ni la jerarquía ni los laicos somos infalibles, que juntos somos menos falibles que separadamente, y que en el fondo es más importante la fidelidad que la infalibilidad.

4. El desafío de un mayor protagonismo de los laicos en la Iglesia

Iglesia de los laicos quiere decir que la Iglesia es también un campo de acción de los laicos. A menudo se subraya el rol del laico fuera de la Iglesia, en el mundo, cosa que no es poco importante pero que no significa que los laicos no debemos hacernos cargo de la Iglesia y sus problemas. Hay una responsabilidad grave, ineludible e inevitable de los laicos en la comunión eclesial y en la organización eclesial. Nos corresponde trabajar para una Iglesia más fiel a su fundador, aportando nuestra parte de magisterio, nuestro estilo de vida sencillo, nuestro profetismo, nuestra realeza y nuestro sacerdocio al interior de la Iglesia. Nos corresponde ayudar a construir una iglesia participativa, dialogante en su interior, con espacios para que se manifieste la riqueza que el Espíritu

del Señor nos concede a nosotros los laicos. Nos concierne traer de vuelta a la Iglesia las críticas que recibimos, junto con las dificultades y contradicciones que experimentamos en nuestro contacto con los no creyentes, con los alejados, con los jóvenes, con los marginados. Nos corresponde ayudar a que la organización y finanzas de la Iglesia sean sanas, transparentes, eficaces y coherentes. Es preciso que los pastores vean en los laicos a adultos en la fe, cuya participación en la Iglesia no consiste solamente en participar de la catequesis o la liturgia, como receptores o como monitores. Y debemos entender que de esta adulez y protagonismo que vivamos al interior de la Iglesia dependerá en gran parte nuestra credibilidad ante el mundo, en el que vivimos nuestra peculiar inserción como cristianos laicos: no podemos testimoniar en el mundo asuntos que evadimos o postergamos en la Iglesia. Todo esto supone no sólo crear nuevos espacios y nuevos estilos de gestión y animación en la Iglesia, sino sobre todo supone que los laicos asumamos nuestra adulez y protagonismo en ella, dedicando energías, esfuerzos, talentos, recursos, etc. No obstante, todo lo anterior no puede ser analizado ni vivido desde una postura adolescente de autoafirmación o desde una posición social de reivindicación. Todo esto surge del amor a la Iglesia, a la que vemos indisolublemente ligada a Jesucristo. No hay prisas destructivas, sino sentido de proceso, de crecimiento en Cristo. Y bien sabemos que los tiempos de la Iglesia son lentos, y que no dependen sólo de nosotros. Muy ligados al corazón de la Iglesia, los laicos hemos de salir a caminar para explorar sus fronteras, y abrirnos a nuevas posibilidades. También hemos de aportar nuestros sueños para nuestra Iglesia y trabajar dentro de ella para irlos cristalizando. En parte lo hacemos en algunas de nuestras asociaciones y en algunas parroquias, pero ellas también han de ser objeto de discernimiento permanente para que sean genuinas expresiones del Espíritu del Señor en la Iglesia, con suficientes vasos comunicantes con el tejido más amplio de la Iglesia.

5. El desafío del compromiso apostólico y la colaboración

Iglesia de los laicos quiere decir una Iglesia en que los laicos seamos más conscientes y responsables de nuestra misión en sus distintas dimensiones². Laicos, jerarquía, religiosos y ministros ordenados tenemos que aprender a colaborar, pero no solo en las fases de ejecución sino también en las de discernimiento y decisión. Esto supone la presencia de laicos adultos y bien formados, a partir de un adecuado equilibrio entre formación y acción, o mejor aun, un adecuado proceso de formación en la acción, en que todos aportamos, dialogamos, nos ayudamos recíprocamente a crecer. La corresponsabilidad en la misión de la Iglesia será posible si los laicos aprendemos a estar en comunidades o redes apostólicas en las que podamos vivir el discernimiento y el envío, desarrollando una habilidad y disposición para escuchar y actuar de acuerdo a prioridades, opciones compartidas y apoyadas por la comunidad, incluso renunciando a impulsos o motivaciones más individuales y siendo más disciplinados y colaborativos en nuestras propias asociaciones apostólicas. Hemos de desarrollar una cierta “obediencia” laical, o “radical buena voluntad” hacia la Iglesia. No es una obediencia canónica o jurídica, sino que es capacidad de escucha y de compromiso, reconocimiento cordial de una autoridad que radica en la comunidad y en sus ministros. Este desafío de la colaboración está haciendo surgir nuevas formas de interacción y de concertación entre los distintos miembros de la Iglesia, y los laicos tendremos que aportar mucho en este proceso.

José Reyes
Octubre 2004

² Ver mi artículo “La misión de los laicos – un aporte desde CVX”, en esta misma serie.